

INNERARITY, Daniel: *Le futur et ses Ennemis*, París, Flammarion, colección Climats, 2008, 191 p.

Daniel Innerarity (Bilbao, 1959) es uno de los filósofos más sobresalientes de la España contemporánea, y uno de sus observadores políticos y sociales más perspicaces. Recordaremos que el filósofo español ganó el Premio Nacional de Literatura en la modalidad de ensayo en el 2003, así como el prestigioso Premio Miguel de Unamuno, por su libro *La transformación de la política*. Un año más tarde, Daniel Innerarity obtuvo también el Premio Espasa de Ensayo por *La sociedad invisible*, libro con el que culmina la trilogía que había iniciado en el año 2001 con la publicación de su libro *Ética de la hospitalidad*. Daniel Innerarity es profesor de historia de la filosofía en la Universidad de Zaragoza; es autor de más de un centenar de artículos y colaborador habitual del periódico nacional *El País*, así como de la revista *Claves de la razón práctica*.

Curiosamente, su último ensayo, *Le futur et ses Ennemis*, ha sido publicado en francés antes de serlo en español. Como lo explica el autor en el prólogo, la razón de ello estriba en el hecho de que este libro tiene su origen en un curso que dio en la Universidad de Paris I Panthéon-Sorbonne en el invierno del 2008, invitado por Éric Marquer. Con este nuevo ensayo, dividido en cinco capítulos, Daniel Innerarity quiere contribuir a una nueva teoría del tiempo social en uno de los aspectos más importantes a su entender: la relación entre la sociedad y su futuro. A través de sus reflexiones, el autor contribuye a renovar la forma de comprender y de hacer política en la actualidad.

Según Innerarity, uno de los mayores desafíos de ésta era de la mundialización es el de estructurar el tiempo de otra forma: se trata de establecer una mediación entre el legado del pasado, las prioridades del presente y los desafíos del futuro (cf. p. 13). Es más, afirma el filósofo, las transformaciones de las sociedades democráticas no podrán tener lugar si no conseguimos poner en marcha formas de liberarnos de la tiranía del corto plazo.

Como lo indica con lucidez el autor, una de las consecuencias de la crisis de la idea de progreso reside en el hecho de que el futuro se ha convertido para nosotros en un problema, y el presente en algo crucial. Efectivamente, las democracias occidentales parecen estar afectadas por una mioipía temporal, absortas en el presente y en la lógica de la urgencia. Sin embargo, paradójicamente, lo que distingue la verdadera política de la mera

gestión es precisamente el hecho de que aquélla intenta gobernar un futuro que va mucho más allá del futuro próximo. Y es en el futuro en donde nos jugamos las cuestiones más importantes.

En un intento de comprender las causas de esta focalización constante en el presente, Innerarity aborda cuestiones tan de actualidad como lo son el conflicto entre generaciones, la presión demográfica o la configuración misma de las sociedades democráticas. ¿Quién debería tener más derechos, nosotros o nuestros hijos? Lo cierto es que en las campañas electorales se busca la aprobación de los que votan aquí y ahora, y no de los que podrían verse afectados en primer lugar en el futuro. Por otra parte, observamos que el número de electores de la tercera edad está en aumento en Europa, lo cual afecta sensiblemente a la manera de entender el futuro. Los grupos de presión, por su parte, trabajan sin descanso para que las decisiones se tomen de forma rápida; y, como lo dice Innerarity con mucho sentido humor, no existe ningún lobby para encargarse de articular los intereses de los ausentes, ni de los intereses futuros (31).

Innerarity se cuestiona sobre los enemigos del futuro con la intención de desenmascararlos. Como buen filósofo que desconfía de todo lo que parece estar muy claro, y como buen “espía” de la realidad (ésta es la metáfora del “filósofo” que propuso hace unos años en su ensayo *La sociedad invisible*) Innerarity busca a esos enemigos primeramente entre aquellos que aparentemente son sus más fervientes defensores. Paradójicamente, los enemigos se encuentran entre todo lo que aparentemente insiste en el futuro, pero para banalizarlo. Es el caso de buena parte de la retórica de la innovación, que está tan de moda actualmente. Para Innerarity, esta insistencia retórica es una trivialización del futuro. El futuro parece reducirse a la esfera de las innovaciones tecnológicas y de los mercados en expansión, dejando de lado todo lo que se refiere a la innovación social.

Otra idea que combate Innerarity es la aparente relación que se establece entre la idea de futuro y la de aceleración. Como muy bien lo demuestra el filósofo, no todos los movimientos acelerados son algo positivo, y viceversa, no por ser menos rápido un movimiento es necesariamente negativo. Al futuro se le asocia actualmente con la aceleración; sin embargo, para Innerarity, esta imagen positiva de la aceleración simplifica la complejidad psicológica y social del tiempo humano.

Otro enemigo del futuro se encuentra entre todos aquellos que pretenden neutralizar el carácter abierto e imprevisible del futuro. Frente a los que

se rinden frente al movimiento natural de las cosas, Innerarity cree que hay que tener en cuenta la complejidad y la opacidad. El filósofo insiste en que hay que pensar el futuro como espacio de libertad, como hipótesis, y no como una realidad determinante.

En la última parte de su ensayo, a nuestro entender la más perspicaz y personal, Innerarity observa la crisis política del mundo contemporáneo y propone otra forma de pensarla. Dejando de lado el ámbito de las reflexiones abstractas, el filósofo reflexiona claramente sobre las razones de la crisis, y propone una alternativa a las estrategias políticas actuales. Innerarity cree que los problemas actuales de la política no tienen su origen en el hecho de que nos hayamos rendido demasiado rápido al realismo, ni en el hecho de que hayamos renunciado a las utopías, como se ha dicho muchas veces. A su entender, la razón de la crisis es anterior a todo esto. La falta de vigor de la política se situó más bien en el reparto tradicional de la misión de la derecha y de la izquierda, una división que nos ha llevado a pensar que la derecha es la que gestiona la realidad y la eficacia, y que la izquierda tiene el monopolio de la irrealidad, de las utopías y de las ilusiones. Todo esto, para el filósofo, es reductor, simplista, y no hace más que perjudicar a la imagen ya bastante deteriorada de la política.

¿Qué se puede hacer entonces? En su fino análisis de la política y de su necesaria transformación, Innerarity se pregunta si el problema de toda esta crisis no estriba en una definición inadecuada de lo que es “la realidad”. Los políticos deberían discutir lo que entienden por realidad. Innerarity nos recuerda las palabras de Tocqueville, para quien utopismo y empirismo son dos maneras de dejar la realidad intacta. No se puede ganar la batalla apelando a otro mundo mejor, sino describiendo la realidad de otra manera.

Frente a lo que propone Richard Rorty, para quien la renovación política no puede hacerse a partir de una descripción de los hechos, Innerarity propone todo lo contrario. Cree que la posición de Rorty es “mortal” para la política, ya que perpetúa la idea según la cual el hecho de conocer la realidad paraliza la voluntad, y que cualquier transformación debería concentrarse en un deseo que será tanto más movilizador cuanto más se aleje de la realidad (187). Como dice con lucidez, es como pensar que todos los optimistas son unos ignorantes que suspenden voluntariamente el principio de realidad para no desesperarse. Para Innerarity, esto no tiene ningún sentido.

La esperanza no es la ilusión sin conocimiento, insiste el filósofo. Hay que dejar de lado el dilema entre una esperanza sin experiencia y un desen-

gaño sin aspiraciones. Frente a ello, defiende un escepticismo más bien optimista: hay muy pocas cosas seguras, pero muchas posibles (89). Como lo observa el autor, la esperanza democrática ha pasado ya por muchas decepciones como para no ser ingenua ni fiarse en exceso a las promesas; pero esto no le impide aspirar a lo mejor.

Tenemos que cambiar nuestra forma de hacer política, insiste Innerarity. Hay que olvidarse de los consensos absolutos, de las disensiones definitivas que pretendemos encontrar entre “nosotros” y “ellos”. El autor insiste aquí en la reflexión que había avanzado y desarrollado ya en su ensayo *La transformación de la política*, Premio Nacional de literatura. Tenemos que inventar una política cuya función principal sea la de regular la contingencia (156), la de equilibrar el acuerdo y la disensión, y no ya una política desfasada de imposición de una voluntad o de resolución de conflictos. La función más importante de la política, según él, es la de hacer que la sociedad reflexione sobre sí misma, para aprender a hacer frente a su incierto futuro colectivo. El mayor desafío de la política es el de hacer del futuro una categoría reflexiva.

Según Innerarity, la situación en la que se encuentran las democracias occidentales no es una situación inexorable, y se pueden observar algunos indicios de cambio, como es el caso del éxito del concepto de desarrollo sostenible o, en el caso de la política, la voluntad de adoptar presupuestos equilibrados, aunque no por ello se pueda decir que existe una política responsable con respecto al futuro.

Como lo señalábamos al comenzar esta reseña, el pensador vasco escribe motivado por la idea de oponerse a la idea de que el mundo no puede ser inteligible ni configurable. Con gran lucidez y con una argumentación muy sólida, defiende la posibilidad de una política del optimismo y de la esperanza en un momento en el que la confianza en el futuro pasa por momentos difíciles. La tarea más urgente de las democracias contemporáneas no es la de acelerar las transformaciones sociales, sino la de recuperar el futuro: hay que hacer de nuevo del futuro un objetivo prioritario.

Prof. Blanca Navarro Pardiñas, Ph.D.
Universidad de Moncton, Campus de Edmundston, Canadá
bnavarro@umce.ca